



Sabina Loriga, el trauma histórico y el uso público de la memoria¹

Entrevista de Andrea Inglese a Sabina Loriga

Sabina Loriga, directora de investigación desde 1997 en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, es historiadora e imparte una materia cuyo título es de por sí sugestivo: «Tiempo e historia: normas, concepto y experiencia». En la actualidad dirige *Passés Futurs* (Pasados futuros), una revista on-line, cuyo primer número ha salido en junio, dedicado a la noción de «trauma histórico». El tema inspirador de esta iniciativa editorial y científica es el uso público, y por lo tanto político, de la memoria histórica. Un uso que, como se destaca en las páginas iniciales, se ha vuelto cada vez más frecuente, generando debates y controversias que se refieren ya sea a la opinión pública ya al universo más restringido de los especialistas.

Hablemos de la génesis de este proyecto. ¿Cómo ha nacido y cuáles son las circunstancias que lo vinculan a la actualidad política, que te han llevado a trabajar de manera específica sobre el uso público de los acontecimientos históricos? ¿Crees que tal uso está más extendido en algunos países como Francia, en relación con su historia política más reciente, o es un fenómeno general, que se refiere de forma también evidente a países muy diferentes los unos de los otros?

El tema no es nuevo. Ya en los inicios de los años setenta, Moses Finley animaba a los historiadores y a los «socio-psicólogos» a tratar los usos políticos del pasado. Pero el tema se impuso de lleno en los años ochenta, durante la disputa de los historiadores alemanes, sacando a la luz concepciones de la identidad nacional

1. Publicado originalmente en italiano en *Alfabeta 2* con el título «Sabina Loriga, il trauma storico e l'uso pubblico della memoria», 27 de septiembre de 2017.

completamente diferentes (en particular por lo que respecta a la comparación con la memoria del Exterminio). En aquella ocasión Jürgen Habermas había publicado un artículo titulado «Sobre el uso público de la historia», en el que destacaba la importancia de valorar atentamente a los interlocutores y los «lugares» del debate: en esta perspectiva establecía una distinción entre el espacio científico y el espacio público y mediático. Desde entonces el sentido de la expresión «usos públicos del pasado» se ha transformado y ha perdido la connotación negativa implícita en el texto de Habermas. En efecto, la noción de uso no conlleva necesariamente la de abuso o instrumentalización. Que nos guste o no, los historiadores no poseen el control del pasado. Por ello, en vez de consumirse en la nostalgia de una época de oro (y del todo mítica) en donde la palabra de los historiadores era indiscutible, me parece más interesante analizar los modos en que los diferentes actores sociales representan el pasado. Desde este punto de vista, en los últimos decenios hemos asistido a un doble proceso, en apariencia contradictorio. Por una parte, el pasado se ha convertido en un «objeto del deseo»: hay cada vez más conmemoraciones y cada vez más iniciativas para la transmisión de la memoria y para la protección del patrimonio (desde las asociaciones locales hasta la Unesco). Por otra parte, se ha desarrollado una marcada sospecha en relación a la historia, como disciplina, al tiempo que han proliferado también testimonios históricos. Hay un escepticismo extendido, casi automático, basado en la idea –o más bien en el estereotipo– según el cual la historia ha sido siempre escrita por los vencedores y lo será siempre. Probablemente, este deseo de pasado y esta sospecha hacia la historia estén vinculados a cuatro fenómenos sociales fundamentales: la democratización de la educación, con el incremento impresionante de estudiantes universitarios; el envejecimiento de la población, con una «tercera» y «cuarta» edad cada vez más interesadas en el pasado; el desarrollo del turismo, con la valoración (también económica) de los lugares históricos; y, obviamente, internet, que ha cambiado las fronteras de las competencias y que permite, a cada uno de nosotros, que elaboremos nuestra «propia» versión del pasado.

Para volver al caso francés, nuestro proyecto nace de la lectura y del debate sobre el último libro importante de Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*. Cuando salió la publicación –en otoño del año 2000– con Olivier Abel, Maurizio Gribaudi y Giovanni Levi organizamos una semana de trabajo sobre el libro. Dichas sesiones de trabajo terminaron con un intercambio con Ricoeur, quien, a la edad de 87 años, dedicó un día entero a debatir con nosotros. Durante unos quince años, Olivier y yo hemos seguido proponiendo al EHESS un seminario sobre estos temas. Esta experiencia ha dado lugar a un libro, intitulado *La justa memoria. Lecturas en torno a Paul Ricoeur* (Ginebra, Labor et Fides, 2006, co-dir. con Olivier Abel, Enrico Castelli Gattinara e Isabelle Ullern). En 2011 he creado el «Taller internacional sobre los usos públicos del pasado» (*Atelier international sur les usages publics du passé*), que ha organizado una serie de encuentros temáticos y ha abierto un sitio web. Y poco a poco, gracias también a la colaboración de

David Schreiber y al apoyo del Laboratorio de excelencia Tepsis (Transformación del Estado, politización de las sociedades e institución de lo social: *Transformation de l'État, politisation des sociétés et institution du social*), surgió el proyecto de fundar esta nueva revista.

Has dicho que «los historiadores no poseen el control del pasado», pero ¿de qué modo valoras la pretensión del estado de «controlar el pasado» como ocurre en Francia, por ejemplo, con las llamadas lois mémoriales (leyes sobre la Memoria)? Me refiero a la ley del 21 de mayo de 2001 (ley Taubira) que define la trata de esclavos como crimen contra la humanidad, pero también a la ley del 23 de febrero de 2005, que trata del reconocimiento de la Nación en relación a los franceses repatriados de sus ex colonias. Esta última ley contenía incluso un artículo que apoyaba el papel positivo de la presencia francesa en el Norte de África, derogado a raíz de la violenta polémica que había suscitado. Pero de forma más general, ¿crees oportuno castigar a quien niega públicamente la existencia de verdades históricas debidas a las consecuencias traumáticas como aquellas relativas a los genocidios o a los crímenes de la colonización?

Las verdades históricas presentan una paradoja. Son complejas, sensibles y frágiles, porque son a menudo objeto de falsificaciones. Al mismo tiempo son necesarias. Sin ellas desembocamos en aquello que Hannah Arendt ha llamado «horrible arbitrariedad» (*the frightening arbitrariness*). Esto quiere decir que, en algunas circunstancias concretas, quizás sea necesario también recurrir al derecho. No creo que se deba escribir la historia a golpe de ley. Sólo quiero decir que las leyes y sus motivaciones no son todas iguales y no creo que el problema de la relación entre historia, derecho y política pueda ser afrontado con posiciones generales y «universales», fundadas sobre una idea muy simplificada de la libertad de expresión. Creo que tiene que estar contextualizado e historizado. En el caso francés, las «leyes de la Memoria» son el fruto de una historia compleja, iniciada con la difusión del negacionismo «académico» (pensemos en Robert Faurisson y David Irving) y el éxito del Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen (que, desde hace más de veinte años, viene repitiendo que las cámaras de gas fueron un detalle de la historia de la Segunda Guerra Mundial). Todo ello a la par de un aumento extraordinario de acontecimientos: tres procesos –contra Barbie (1987), contra Touvier (1994) y contra Papon (1997-1998)–, el rechazo de François Mitterrand de reconocer las responsabilidades del régimen de Vichy (y, en consecuencia, del sistema estatal francés) en las persecuciones anti-semitas, el cambio de actitud de Jacques Chirac en su discurso del 16 de julio de 1995 sobre la redada de Vél' d'Hiv'. Creo que, durante toda aquella fase, ha sido importante afirmar que la verdad histórica no es un «juego» y que nadie –ni siquiera el historiador– tiene derecho a un régimen particular de impunidad. Desde este punto de vista, el

círculo entre historia, derecho y política no ha sido un círculo vicioso, más bien al contrario. Tampoco me escandaliza la ley Taubira: hay seguramente algo de anacrónico, dado que la noción de crimen contra la humanidad ha aparecido sólo en el transcurso del siglo xx, pero representa una reacción comprensible ante una vulgata histórica que ha hecho de Gran Bretaña y de Francia sobretodo dos campeonas de la abolición de la esclavitud... Punto y aparte es la ley Mekachera, de 2005, con el artículo 4 que preveía que los programas escolares reconocieran el papel positivo de la presencia francesa de ultramar: representa una falsificación histórica, como indica el solo hecho de usar el término hipócrita de «presencia» cuando se habla de las colonias.

Desde este primer número dedicado al «trauma histórico» queda claro que os movéis en un horizonte decididamente interdisciplinar. Se recogen las participaciones de psicólogos, psicoanalistas y filósofos, además de historiadores. Pero el horizonte también está abierto en términos geográficos: se extiende desde Italia (el debate sobre el proyecto de un museo del Fascismo en Predappio) hasta Argentina (cómo las instituciones y las organizaciones de la sociedad civil integran y definen la noción de trauma histórico en relación a la pasada dictadura.) ¿De dónde nace esta exigencia de enfoques diferentes en torno a un mismo tema? ¿Es necesario construir de este modo el objeto mismo, es decir el «trauma histórico», desde el origen o es más bien la exigencia de deconstruirlo y de sustraerlo al monopolio de una sola disciplina o de un solo tipo de discurso lo que hace que sea indispensable este cruce de perspectivas?

Desde el primer momento nos ha parecido importante movernos en dos direcciones interdisciplinarias, precisamente para reflexionar sobre distintos tipos de representación del pasado. Por ello, el comité de redacción está compuesto, además de historiadores, por antropólogos, filósofos y psicólogos. Estamos también muy interesados en la relación con las «artes». Precisamente en estos momentos estamos valorando la posibilidad de dedicar uno de los próximos dossiers a las representaciones artísticas: en los últimos años la literatura ha vuelto a narrar el pasado (pensemos tan sólo en la fuerza de *Hammerstein o El tesón* de Hans Magnus Enzensberger y de *Los hundidos* de Daniel Mendelsohn). La «vocación» histórica ha englobado también a las artes, sobre todo en el ámbito de la *performance* y de las *new media art* (videos, fotografía, obras digitales). En particular, el *re-enactement* (recreación), que indica la reiterada representación de acontecimientos históricos, ha tenido un gran éxito en la escena artística de nuestros días. Además, hemos decidido salir del ámbito nacional por dos motivos principales. Por una parte, algunas controversias implican a más países (por ejemplo, Corea, China y Japón, pero también Israel y Palestina, Ucrania y Rusia, etc.). Por otra parte, porque algunos fenómenos históricos no se comprenden a escala nacio-

nal: es el caso de la trata de los africanos, de la memoria de la colonización, pero también del exterminio de los judíos. El dossier sobre el trauma corresponde de lleno a esta perspectiva interdisciplinar e internacional. En los últimos decenios –también gracias a la presión ejercida por los veteranos de la guerra del Vietnam y por los grupos feministas americanos– ha habido una ampliación hiperbólica del concepto. No puedo olvidar que el senador de Forza Italia Renato Schifani dijo que la caída del gobierno de Berlusconi habría representado un trauma para la nación... Frente a esta banalización o a estos abusos, nos ha parecido importante volver a la reflexión psicoanalítica y preguntarnos: ¿cómo podemos «salvar» el concepto de trauma histórico de su éxito?

¿Cómo definirías, actualmente, tu campo de investigación? ¿Y qué nexos existen entre Passés Futurs y tu trabajo de docencia y de investigación?

Desde un punto de vista temático, he sido y sigo siendo una historiadora bastante incoherente: mi primer tema de investigación trataba sobre la brujería, seguidamente pasé a la institución militar, luego a la biografía, después a los usos públicos del pasado y al tiempo... No obstante, siento una fuerte continuidad por lo que respecta a las preguntas que están detrás de estas investigaciones. Si tuviese que resumirlas en una única pregunta, diría: ¿cuál es la relación entre el caso individual y el movimiento general de la historia? Por un lado me interesa la pluralidad del pasado: me siento atraída por la vitalidad periférica de la historia y, más que unificar los fenómenos, intento ver las variaciones y las disonancias de la experiencia histórica. Por otro lado, soy sensible a su dimensión ética. No quiero decir que la historia deba ser moral o que pueda ofrecer ejemplos que se deban seguir o aborrecer (más aún, estoy convencida de que sirven para bien poco y que incluso corren el riesgo de producir un efecto engañoso). Pero creo que es ética porque desvela el drama de la libertad. Por ello, mi libro que trata sobre la relación entre biografía e historia se intitula *Le Petit x. De la biographie à l'histoire* (Seuil, 2010 y, en la versión italiana, *La piccola x. Dalla biografia alla storia*, Sellerio, 2012):² la expresión es de Johann Gustav Droysen, quien, en 1863, escribe que si se llama A al genio individual (es decir, todo lo que un hombre particular es, posee o hace), entonces esta A consta de $a + x$, donde «a» comprende todo aquello que le viene de las circunstancias externas, de su país, de su pueblo, de su época, etc., y donde «x» corresponde a su contribución personal. En el trabajo y quizás en la vida también, me importa mucho esta pequeña o pequeñísima «x». De todos modos, por lo que respecta al día de hoy, estoy escribiendo un libro sobre la historiografía postmoderna, con Jacques Revel. Y, obviamente, estoy muy

2. *La pequeña x. De la biografía a la historia.*

implicada en el proyecto de la revista sobre los usos públicos del pasado. Los seminarios de este año están dedicados a estos dos temas.

Ya en tu ensayo «*La pequeña x*», además de congregar a historiadores como Thomas Carlyle, Wilhelm von Humboldt, Friedrich Meinecke o a filósofos como Wilhelm Dilthey, dedicaste un espacio específico a Tolstoi, uno de los más grandes novelistas del siglo XIX. Y aquí relaciono todo lo que decías sobre el papel que la invención artística puede tener en la exploración y en la restitución de la experiencia histórica. En el caso específico de la comparación entre escritura histórica y escritura de ficción, ¿qué es lo que hace insustituible la aportación del novelista? ¿Por qué, en resumidas cuentas, una novela nos permite a menudo penetrar en «*La pequeña x*» mejor o de forma más persuasiva que una biografía tradicional?

En la «ficción» el narrador tiene una baza (*atout*) evidente: es omnisciente, sabe lo que piensan los personajes, sabe lo que sienten, conoce sus vivencias. Pensemos por ejemplo en *Austerlitz* de Sebald. No es así para los historiadores, que están obligados a trabajar por indicios y que suelen tener cerrado el acceso a la conciencia íntima de los individuos de los que hablan. Digo suelen, porque los testimonios pueden abrir alguna que otra brecha. Pero siempre se trata tan sólo de resquicios. Por esta razón, también Paul Ricoeur habla de «malestar» de la historia. Sin embargo, en este malestar, podríamos decir en esta conciencia infeliz, hay un valor importante: la conciencia de que no se puede cancelar la distancia entre pasado y presente, que el pasado no puede convertirse en contemporáneo a través de una intuición, un gesto visionario y/o profético, que el pasado tiene un fondo de alteridad que resiste. A pesar de esta diferencia fundamental, creo que para los historiadores es extremadamente útil cultivar una política de intercambios con la literatura. No estoy proponiendo que se lleve la historia al lecho de la literatura, tanto más cuanto que, como ha hecho observar Virginia Woolf, los intentos de eliminar las diferencias que existen entre la narración histórica y la de la ficción han dado casi siempre resultados bastante tristes, también desde un punto de vista estético. Pero, como he intentado decir en el capítulo sobre *Guerra y paz*, la literatura puede ayudar a romper el exceso de coherencia del discurso histórico, así como a experimentar estrategias narrativas para dar visibilidad a las incertidumbres del pasado, para meditar no sólo sobre lo que ha sido, sobre lo que ha ocurrido, sino también sobre lo que habría podido ocurrir.

¿Qué piensas sobre el éxito que parecen tener las biografías de los grandes personajes históricos y que pueblan los estantes de las librerías? Aquí nos enfrentamos a una paradoja: el género que mejor se presta a acoger la aportación individual en el transcurso de los acontecimientos colectivos está en gran parte relegado a personajes que han tenido un peso extraordinario sobre aquellos mismos acontecimientos. En definitiva, los lectores estarían interesados en «*La pequeña x*», con tal de que pertenezca a hombres (en la mayoría de los casos) que han «hecho la historia».

No soy una gran lectora de biografías. Quizás el motivo sea precisamente el que acabas de mencionar. Muchas biografías históricas tratan sobre los grandes hombres políticos, capaces de plasmar los acontecimientos, o describen, en cualquier caso, a individuos improbables, del todo intencionados y libres. En todo caso, mi reflexión se refiere a la historia. A partir de los últimos decenios del siglo XIX, algunos sociólogos e historiadores han compartido la idea de hacer de la impersonalidad un criterio fundamental de lo científico. En Francia, Emile Durkheim escribe que las ciencias sociales deben estudiar los modos de pensar, de sentir y de actuar independientemente de los individuos. Esta idea será retomada, pocos años más tarde, por François Simiand, quien mantiene que el historiador tiene que estudiar aquello que es objetivo, con independencia de la espontaneidad individual. Según él, lo político, lo individual y lo cronológico (definidos como los tres ídolos de la tribu de los historiadores) están sin realidad y tienen que ser sustituidos por otros objetos, como lo repetitivo, lo regular y lo típico. Este deseo de lo impersonal ha durado al menos hasta los años 1960 y 1970, cuando Emmanuel Le Roy Ladurie propone una historia sin hombres y Jacques Le Goff (más tarde autor de dos importantes biografías históricas) escribe que la historia de las mentalidades estudia «el contenido impersonal del pensamiento». En la «*Pequeña x*» he respondido a este modo de concebir la historia, volviendo sobre aquella minoría de autores que, a lo largo del siglo XIX, han intentado salvar la dimensión individual de la historia. Historiadores (además de Carlyle, sobre todo algunos alemanes, como Wilhelm von Humboldt y Friedrich Meinecke), un historiador del arte (Jakob Burckhardt), un filósofo (Wilhelm Dilthey) y un escritor (Leon Tolstoj). Entre ellos no hay una continuidad o una coherencia estrecha, pero comparten la idea de que el mundo histórico es creativo y que esta cualidad no tiene su fundamento en un principio absoluto, trascendente o inmanente a la acción humana, sino en la acción recíproca de los individuos. No presentan entonces la sociedad como una totalidad social independiente (un «sistema» o una «estructura» impersonal superior a los individuos), sino como una obra común.

Abordemos una última cuestión: los proyectos editoriales que en Alemania, y después en Francia, se han centrado en la reedición de *Mein Kampf*, a través de ediciones críticas a cargo de equipos de historiadores. En Francia, por ejemplo, donde el trabajo está todavía en curso para la editorial Fayard, la iniciativa ha suscitado de modo particular la condena de Jean-Luc Mélenchon y la respuesta en *Libération* por parte del historiador, experto en nazismo, Christian Ingrao. Nunca como en este caso, por lo menos en Europa, un libro se ha vinculado al trauma crucial de la historia del siglo xx.

Como sabes, cuando los derechos de autor caducaron en Alemania, el Instituto de Historia Contemporánea de Múnich preparó una edición crítica con una tirada de 4.000 ejemplares, editada con 3.500 notas que sirven para contextualizar las declaraciones de Hitler. Después del trabajo extremadamente cuidado del equipo alemán (Christian Hartmann, Thomas Vordermayer, Othmar Plöckinger, Roman Töppel), un grupo de historiadores franceses, coordinados por Florent Brayard, está preparando la versión francesa. Por lo menos en este caso, no tengo dudas y estoy a favor de esta iniciativa. El libro ya está circulando en papel y en la web. Hace algunos años, Antoine Vitkine (*«Mein Kampf»: Historia de un libro*, Flammarion) ha contado su éxito en el mundo (¡en particular en Turquía o en la India!). Además, puede ser una ocasión importante para comprender mejor cómo se ha desarrollado y organizado la decisión de la solución final de los judíos. Hoy, el peligro no proviene de las ediciones críticas, sino de la banalización del nazismo (y también del fascismo). Lo hemos visto hace tres años en Francia, cuando estalló el caso Dieudonné, que se recrea en declaraciones infames en nombre del humorismo. Lo hemos vuelto a ver este verano en Italia, cuando *La Repubblica* destapó que el gestor de la playa de Punta Canna, cerca de Chioggia, ensalza a Mussolini y «bromea» sobre las cámaras de gas, y que los clientes y las autoridades locales consideran todo esto como «una cuestión folklórica».

Traducción de Irene Romera Pintor



Egypt

I-Shabaa